

# La Nota

## Revista Semanal

**COLABORADORES**

AGORIO, ADOLFO .....  
 ARAQUISTAIN, LUIS .....  
 BANCHS, ENRIQUE .....  
 BARROETAVERA, F. A. ....  
 BECHER, EMILIO .....  
 BLANCO FOMBONA, R. ....  
 CALANDRELLI, MATIAS E. ..  
 CANCELA, ARTURO .....  
 CAPDEVILA, ARTURO .....  
 CHIAPPORI, ATILIO .....  
 CORREA LUNA, CARLOS ....  
 DEL CAMPO, RICARDO ....  
 ECHAGUE, JUAN PABLO ....  
 ENCISO, AGUSTIN .....  
 ESTRADA (hijo), A. de .....  
 GALVEZ (hijo), MANUEL ...  
 GARCIA VELLOSO, E. ....  
 GERCHUNOFF, ALBERTO ...  
 GIL, MARTIN .....  
 GONZALEZ, JOAQUIN V. ....  
 GROUSSAC, PABLO .....  
 GÜIRALDES, RICARDO ....  
 GUTIERREZ LARRETA, C. ...  
 INGENIEROS, JOSE .....  
 LACROZE GOWLAND, A. ....  
 LOPEZ BUCHARDO, C. ....  
 LUGONES, LEOPOLDO .....  
 MACHADO, ANTONIO .....  
 MAEZTU, RAMIRO DE .....  
 MARQUINA, EDUARDO .....  
 MELIAN LAFINUR, A. ....  
 PEREZ DE AYALA, R. ....  
 REBORA, JUAN CARLOS ....  
 RIVAROLA, RODOLFO .....  
 ROJAS, RICARDO .....  
 SICARDI, FRANCISCO A. ....  
 TALERO, EDUARDO .....  
 UNAMUNO MIGUEL, DE .....

DIRÉCTOR  
**EL EMIR EMIN ARSLAN**



Dirección y Administración  
**CALLE FLORIDA 32**  
 U. Telef. 804, Avenida

**SUSCRIPCIÓN**

Por 6 meses..... \$ 5.— m/n.  
 > 1 año ..... > 10.— >

Para el Exterior las suscripciones  
 se cobran a oro

**:: SUMARIO ::**

Vitalidad y excelencias vascas.  
 Francisco A. Barroetavera.

El héroe.  
 Emir Emin Arslan.

Porqué fuí a la guerra.  
 V. Almando Almonacid.

Solidaridad y sindicalismo  
 médico.  
 Eduardo J. Jonquières.

Poesías.  
*Senderito de amor.*  
 Aida Moreno Lagos.  
*Canción de primavera.*  
 Felix B. Visillac.

Cuento de la Semana.  
*Baile de Mascaras*  
 Carlos Tristán.

Vida femenina.  
*Carta a una pequeña amiga.*  
 Alfonsina Storni.

Exposiciones de Bellas Artes.  
 Emile Coutaret.

Bibliografía.  
 Pedro B. Franco.

Teatros.  
 Point d'arrêt.

Revista de Revistas.  
 Jorge Celso Tindaro

Siluetas de Profesores.  
 A. R. Ciarlo.

Ecos.  
*Henry Bidou. — «La Revista del  
 Mundo. — Por qué le fué qui-  
 tado a Joffre el mando del ejér-  
 cito.*

Caricaturas de la semana.  
 Araceli.

**NÚMERO 20 CENTAVOS**





## Carta a una pequeña amiga



**R**UBIECITA mía: Hago algún tiempo que pensaba escribirte una carta extensa.

Exceso de trabajo, pesadez de corazón, me lo impedían

Para escribirte a tí, que eres un risueño y travieso capullito, yo necesitaba la llegada de la Primavera.

La primavera ha llegado; un poco de entusiasmo nuevo hay en mi corazón: puedo escribirte.

Se, rubiecita bella, que me tienes un poco de recelo, de miedo, que alguna vez te he asustado con mis palabras agrias o demasiado claras.

En los meses que pasamos casi juntas, he podido observar tus recelos para conmigo.

Tus ojos, no acostumbrados a la mentira, se fijaban en mí con un particular asombro.

Se también que, alguna vez, dijistes que yo debía ser mala.

Esto me hizo daño.

Escucha pequeña; yo estoy empeñada en que me quieras y te explicaré: cuando un alma es demasiado sensible, — tú lo verás más tarde, — toma aspectos oscuros y cónicos.

Sus palabras, sus gestos, tratan de ocultar, a los ojos profanos, la parte débil y dañable.

¿Conoces los nidos espinosos de algunos pájaros?

Por dentro todo es cálido como un corazón; la fragilidad de los pequeñuelos que lo habitan mueve a piedad.

Peró el pájaro diligente, receloso del destructor perverso y gratuito, lo eriza de espinas para que las manos duras no alcancen lo que más ama.

Así, pequeña, el alma mía que tanto te asusta.

No sabrás nunca a qué punto amo en tí la dulzura de tus ojos, la fresca de tus palabras, tu corazón, apenas dañado.

Una gran piedad de desierto acostumbrado al huracán que lo envuelve y lo sacude, por la pequeña flor que el jardinero cuida, las nubes riegan, el sol respeta y el insecto ama, tengo por tí.

¡Ah! que algún día comprenderás, pequeña, esta piedad del desierto que, desolado y reseco, pide ser el único a quien el agua no alcance y no le broten ramas refrescadoras en el corazón.

Qué vale, oh mi niña, la piedad venturosa del jardín llena de flores, del alma alegre de su felicidad?

Pero esta piedad honda de mi corazón desolado, por tí, por ejemplo, que solo has tenido bonanza ¿no me dará ni siquiera tu simpatía?

¿No me darás tú, en cambio de ello, las primeras confesiones de tu alma, las más precoces inquietudes tuyas, eso que no te atreves a confesar a nadie, ni a tu propia madre, porque no la sabes suficiente amiga

Yo tengo bien presente en mi alma, en mis recuerdos, la sensación de aquellas primeras torturas; minucias sentimentales que se convierten de tonterías en bosques intrincados; pequeñas orientaciones adquiridas de paso en las lecturas que nos ensombrecen el ser verdadero, vergüenzas inmotivadas de delitos que no hemos cometido y nos torturan; exaltaciones silenciosas que nos deprimen la inocencia al no poder explicarlas.

Yo se, pequeña, que tienes una madre muy buena: te ha dado todos los elementos necesarios para que seas una mujer honesta y juiciosa.

Te ha hablado de Dios y de sus leyes; sabes administrar una casa, cuidar un enfermo, alegrar una sala y dominar tu naturaleza aunque no sepas comprenderla, pues, lo único que tu buena madre no ha podido darte es lo que no tenía: la inteligencia clara de tu pequeño mundo espiritual, único y personalismo.

Ella se ha dicho: mi hija debe ser esto porque yo le he enseñado aquello.

Peró tu madre no ha pensado que las almas son como las semillas: parecen a simple vista de la misma íntima naturaleza, pero al sembrarlas desarrolla cada una su condición individual.

Ser madre, realmente es descender a esa condición individual, prevenirla, adivinarla, dotarla.

Ay, mi buena amiga, que la madre que tanto y tan justamente adoras, no ha descendido hasta tu intimidad. Lo he visto bien.

Vives al lado de ella como su prolongación, nada más.

Tu madre no se ha creído en el deber de descender al fondo de tu sér, porque te imagina cosa suya.

Así como en tiempos pasados los padres se creían dueños de los cuerpos de sus hijos hasta poderles dar muerte, ahora se creen dueños de las almas, sin remordimiento alguno.

Tu madre, lo he observado prolijamente, no repara casi nunca en detalles tuyos, de una gran significación reveladora, con interés educador.

Tu manera de comer, tu tendencia a peinarte como lo haces, tus caprichos infantiles, tus imposiciones y desdenes no le dicen nada profundo porque tu eres "su prolongación". De su prolongación, como de uno mismo, difícilmente se cree en el mal, aunque exista.

Lo que en otras niñas le llama la atención y atrae su censura, para por sobre tí sin rozarla. Y con tus demás hermanos ocurre lo mismo.

Yo lo he observado en Enriqueito, que promete un hombre singular.

¿Te acuerdas con qué impaciencia, chichuelo de apenas de seis años, te decía:

— Cuéntame los días que faltan para el jueves?  
 ¿Y te acuerdas, cómo, al acostarse, como soñando repetía: — mañana faltarán dos días para el jueves y al día siguiente: — Hoy falta un día para el jueves?

El jueves era para él gran día: se compraban revistas.

¿Nunca te ha dicho nada, como nada le decía a tu buena madre, la manera precoz de tomar las revistas en la mano, de recorrerlas de un golpe, y tirarlas, apenas vistas, preguntando de golpe — ¿ahora, cuántos días faltan para el otro jueves?

Yo recuerdo que Enriqueito se llevaba por esto buenos tirones de orejas y sermones sobre lo desagradable que resulta en un niño la grosería y la impaciencia, pero nunca observé que nadie sacara una deducción provechosa de esta modalidad y transformara su defecto en una virtud.

Así pasan, mi pequeña, desaperechidas, casi todas las intimidades del niño y de la joven ante los ojos paternos y así es como, los mejores hijos, los más exquisitos seres, suelen transformarse en los enemigos del hogar, e incomprendidos y anulada su personalidad, emigran de la casa para extraviarse, alguna vez, para hacer su verdadera vida, otras.

Y así es cómo, estos hijos, los más personales, muchas veces, los más nobles, suelen convertirse de "el hijo perdido" en el esposo modelo, en el padre dócil y entendido que asombra a quienes vivieron con él años y años sin penetrarlo.

Te digo estas cosas, niña mía, cosas que tú, tan inteligente, eres capaz de comprender con facilidad, porque quiero eleccionarte algo en la vida. Si tu soportas un error, procura que tus hijos no lo soporten.

Además yo aspiro a ser tu amiga: yo quiero que veas que puedo comprenderlo todo. No me tengas miedo.

Tú eres demasiado imaginativa, y eso no deja de asustarme algo; la imaginación y todos sus en-

redos, es, quizás, lo que menos entienden las madres y lo que menos confiesan las hijas, pues, las cosas que trama el pensamiento generalmente no asustan mucho.

Pero nada más perjudicial en verdad que la fantasía desordenada del pensamiento.

Hay que evitar este mal generalmente destructor y corrosivo.

Vuelvo a indicarte que quisiera ser tu confidente: tengo la seguridad de que acertaría con la palabra por que suspira tu alma en rápida expansión.

Ya lo he dicho alguna vez: hay que procurar ser, ante todo y principalmente, interiormente honesta, y después, exteriormente honesta para bien vivir. La honestidad exterior es, al fin y al cabo, la mejor defensa de los débiles y tú eres demasiado exquisita, demasiado frágil para que no le tiembles al mundo.

Pero no porque seas honesta tu has de ser incomprendida e ignorante: mañana formarás tu familia y necesitarás saber de antemano, grandes cosas, para equilibrar tu vida de casada y tu responsabilidad de futura madre, si no te expondrías, oh mi pequeña, a hacer tus experiencias a cargo de tu felicidad. Gran peligro.

Te costará mucho, es cierto, adquirir un justo equilibrio entre tu alma delicada y toscos conocimientos, pero si lograras alcanzarlo, acaso hicieras tu felicidad.

Y eso es lo que quisiera para tí esta amiga, que como vieja te habla, apenas con dos lustros más que tú.

Te abraza, Julieta.

Alfonsina Storni.



Exposición Anglada Camarasa



La exhibición de seis telas de Anglada, de distintos períodos, da lugar cada día a controversias animadas, en las que toman parte artistas, dilettantes, críticos, coleccionistas y simples curiosos.

Con mucho interés hemos asistido, en calidad de oyentes, a los cursos dictados allí espontáneamente por catedráticos improvisados, valiéndose, para el caso, de breves exclamaciones de entusiasmo y de sentencias explosivas, que anonadan literalmente a los pocos pintores extraviados en la reunión.

Un intruso se acerca tímido, abre desmesuradamente los ojos para tratar de comprender algo y se anima a preguntar. "Es de Anglada", le contestan con énfasis. — "Y ¿cuánto vale esa tela?"